

SUSCRICION.**MURCIA.**

Pago adelantado.

Un trimestre ó sean nueve números, 2 pesetas.

FUERA.

Suscripción directa, un trimestre 2 pesetas; por conducto de comisionados, 2 pesetas 50 centimos.

Num.^o suelto 25 cents.**REGALOS**

de libros en todos los sorteos de la lotería nacional.

OFICINAS

calle de Zoco, núm. 5.

Las suscripciones de trimestre se norman para finalizar por los del año.

EL CHOCOLATE.

REVISTA DE LITERATURA, MODAS Y PASATIEMPOS.

EL BAILE DE ANIMAS.

Una misa dan!...

Mil y mil juicios se formarán los lectores al ver tan raro epigrafe, y no será mucho que alguno caritativamente crea que he perdido el mio al suponer que las ánimas benditas están tan exhaustas del suyo que se entretienen en bailar, entregándose descuidadamente á distracciones tan profanas.—Ni ellas están para tales vulgaridades ni yo para meterme en vidas ajenas.—Les suplico que antes de entregarse á aventuradas conjeturas y mucho antes de descargar sin que ni canastas su terrible varapalo, lean y juzguen. Es verdad que es exigir demasiado en un siglo en que alijerándose las formas se juzga sin leer; pero tampoco me dará gran pena que no me hagan caso. Me figuraré que esta súplica es el último término de un memorial y que, como ellos, está sujeta á estos percañeces.

El hombre es un esclavo de la sociedad; y al que por primera vez se le ocurrió esta idea pudo vanagloriarse de que se le ocurrió al menos una verdad en su vida.

Sujeto á la rutina ó á los caprichos de los demás, ni es dueño de sí mismo, ni de su humor, ni muchísimo menos de su dinero.—Cuando mas distraído está y mas distante de querer participar de los males del prójimo, un rutinario impreso con un malísimo grabado le recuerda que se ha de

morir y así como en las misiones se valen de un Cristo para compungir á los oyentes, aquí por medio de una fea y mal trazada calavera se le convida á un entierro. Si por un momento se eleva á las regiones del Eterno, un apremio le saca, mal su grado, de su éxtasis. Cuando menos se lo cata y menos méritos ha contraído, por pulla, le dan las *gracias* unos albaceas *por lo que los ha favorecido en su quebranto*; y el día que mas rabia con los hijos de su mujer, unos recién casados se empeñan en que los ha de *acompañar en sus satisfacciones* (cosa de bien poco gusto) y que ha de ser de *su aprobación su efectuado enlace*, como si lo contrario les importara á ellos un ardite. Esto es una tiranía, y más si el hombre hubiera de hacer caso á la letra ó á lo que de él se exige.

Afortunados los que se revelan contra tales exigencias y desgraciado yo porque no pude hacerlo.—Al caso.

En uno de esos momentos en que el hombre se olvida de sí mismo y si algo se lo recuerda es tal cual tropezo, gracias á los empedrados de esta capital que se toman el trabajo, yo sin tener objeto, ni otro ulterior plan que pasear á la buena ventura, me dirigí maquinalmente hácia un lado de esta hermosa vega; y me alegré al pronto por poder respirar otra atmósfera que la de todos los días.

Era domingo, y á trueque de no ver en la Glorieta las mismas caras dominguoras y

los mismos trajes y las mismas cosas del mismo modo, hubiera sufrido de buena gana un ataque brusco, de cualquiera de las dos tribus, cuanto ni más la sociedad de mis agrícolas compatriotas.

El sol, que estaba en Capricornio, iba ya puesta abajo y mi gana de andar de capa caída, cuando el rumor de muchos y acelerados pasos me hizo voltear la cabeza, temiendo que alguno gozase de una de las *bienaventuranzas del hombre, sufriendo persecución por la justicia*. Nada menos que esto: la justicia estaba aquella tarde cesante, como si fuera empleado por otro ministerio y en tiempo de crisis.

Eran la friolera de diez muchachas como diez pimpollos, un apéndice que, aunque *ella*, no pertenecía al bello sexo, y un prógimo fariseo con tantos años como las once juntas. Al ver aquella turba multa no pude menos de preguntarles entre atemorizado y curioso:

—¿A dónde se vá, familia?

—A bailar, me contestó la más fea.

—Enhorabuena, le dije; si no está muy lejos, allá iremos todos.

—No señor, está ahí *cerquita*.

Y en efecto, por esta vez no me engañaron en las distancias.

Tuve, sin embargo, el tiempo suficiente para entablar relaciones con *papá* y aprender de memoria las partes propias y agregadas de aquellas hijas de Eva. A este estudio he tenido yo siempre particular afición. En obsequio de los que no las vieron, que ciertamente no son pocos, permítaseme hacer una ligera reseña, como por vía de digresión. La haré solo de la mejor, de la *notabilidad* de la comitiva.

Era guapa sin ser bonita. No tenía la cara de una miniatura, pero muchas, muchísimas que entregan la suya al efecto en manos de algún pintor amigo y que debieran solo prestarla para un molde de yeso, quisieran tener tanto derecho y reclamar con tanta justicia los marfiles y los pinceles. Su esbelto talle y partes adyacentes, no eran una mentira, ni las debía al cuidado de la modista... Desechemos tan livianos recuerdos, que aunque es cierto que una cara así y un cuerpo de tal calibre nunca viene mal en un cuarto de estudio, no sucede lo mismo en un artículo de costumbres.

Para el interés histórico basta con el traje:—Un guardapiés de lanilla, color de naranja, muy bordado, muy plegado y muy

corto; una cotilla, modificada según las necesidades del siglo, de raso verde con bordados de plata y lentejuelas; un pañuelo al pecho de muselina, más topido que lo que era de desear; otro á la cabeza con ondas azules sujeto al moño con un alfiler; zapatos de tabinete y medias caladas, eran sus principales adornos. Y como cosa indispensable, y sujeto con la jareta de la manga corta de su camisa, un ramo de albahaca, contrastando con su rollizo, prieto, colorado, fresco y reluciente brazo, *que Dios se lo bendiga*. Qué tienen Vds que pedir á esto, señores descontentadizos? Yo iba de mal talante y por lo pronto varié y llegué contento al sitio del baile.

¡Qué lástima que haya cesado tan pronto de contar bienandanzas! Llegué y empezaron las malaventuras. Lo primero malo fué no encontrar donde sentarme. No es poco, y sin embargo, esto me pareció después tortitas y pan pintado. Las muchachas se descarriaron, como suele acontecer, y solo quedó mi secular compañero de viaje. Me sirvió de mucho y sin él difícilmente hubiera podido enterar a fondo á mis lectores: supe que aquello era un *baile de ánimas*. Lo que tenía de baile bien lo vi: mucho ruido de castañuelas, un violín tocado sin compasión, una guitarra sin templar, una voz como de garganta con anginas ó de hombre que chilla en lontananza y debajo de un puchero, y quince ó veinte parejas, enfrente una de otra, moviendo los piés sin temor de Dios y los brazos sin compás; pero lo de *ánimas* se le podía apostar al más guapo á que lo adivinara.

Tres hombres vestidos del modo más ridículo del mundo, y á quienes daban el nombre de *Inocentes*, sin duda por burla y como se les dá á muchos el de *hombres de talento*, corrían á su vez el poco trecho que dejaban los circunstantes, con su mazapan en la mano, una sandía, un racimo de uvas ú otra cosa por el estilo gritando:—Una misa dan... Dos misas dan!...

Averiguada la alusión supe que era un verdadero *remate*, aunque sin caudela, en que las misas eran la moneda corriente y cada una de ellas estaba representada por media peseta, cantidad tangible, con exclusión de todo papel, sin sujeción á quiebras, y en que los postores no eran usufructuarios hasta pagar el último cuadrante. Un remate, en fin, como debieron ser los de los *bienes nacionales*, aunque es mal

señalar. La ignorancia, la terquedad ó el orgullo de los licitadores hacia saber á un precio mas que respetable cualquiera de aquellas chucherías, y estaba muy ufano el que podia ofrecérsela á su adorado tormento. El producto era, segun decian, destinado á las benditas ánimas del purgatorio; y hé aquí despejada la incógnita; era lo mismo que decir, *baile para las ánimas ó á beneficio de las ánimas*. De la parte administrativa no me curé, y así es que no puedo decir si lo recibian en letras de cambio, en misas ó en rosarios, y ni aun si los recibian. En este caso á muchos administrados les sucede otro tanto, y pueden consolarse, que *mal de muchos consuelo de todos*.

Al ver aquel cambio de cosas por dinero, dije para mí tocándome el bolsillo: «No probará mi morena los dulces» y esto lo decia por varias razones: porque no llevaba, como á menudo me sucede, dinero; porque los del agiotage me debian tanto crédito como noticia de arriero; porque estaba persuadido que lo que se recauda muchas veces lo merman y las más varia de destino; y por otras mil que me callo.

Yo creia estar seguro no tomando parte en aquellos manejos de bolsa. Me equivoqué. A un chusco se le antojó ofrecer seis misas porque yo bailara, puesto el pelucon de uno de los *Inocentes* y un tremendo nabo pendiente del cuello; no hubo remedio, visto el mal estado de mis fondos. ¡Ánimas benditas, qué felices sois! Alguna de vosotras ganó su pitanza aquel dia, que ganó un devoto, á costa de un nabo, de una peluca de estopa, de un poco de vergüenza y de mis flacas piernas.... Si yo ganara así la mia, á fé que alguno habia de bailar al son que yo le tocara...

Al artículo, que ya voy siendo pesado.

Bailé mis tres coplas y otra de añadidura, haciendo un contraste mi sourtout con los agregados adornos, que á mí mismo me causaban risa. Debian pasar, por la misma razon que á mí vinieron, á un tagarote de mal gesto, que con un largo y gordo garrote en la mano, y un cigarro de iguales proporciones en la boca, se cantoneaba al lado de su Melisendra; pero se rebeló, arrebató la guitarra al tocador, no valiéndole á este ser parte neutral para librarse de una muy brusca interpelacion, y le llenó la cabeza de música; esto es, le rompió en ella la guitarra, dejándole el aro y el mástil en la misma posicion que yo tenia mi colgante joya; co-

mo si digéramos *le metió por el aro*. Me alegre porque él tocaba para que yo bailase.

Palos, gritos, ayes, silletas-os, oscuridad, carreras, todo vino á la vez. No pude recuperar mi sombrero, llevándome en reenes el nabo y la peluca. Corrí como un desalado, y una voz de «Caballero» me desconcertó. No habia motivo: eran tropas aliadas, si bien tan inútiles como las de la *Cuadruple*. Era mi antiguo compañero; se unió á mí y á pesar de sus años corriamos á la par, porque el miedo da alas. Después de un gran rato de este violento ejercicio, sin saber en qué direccion, en qué altura ni en qué hora me encontraba, traté de reponerme y averiguarlo. Mi guia me orientó; supe que debia desandar lo mucho andado si queria ir á Murcia; que me faltaba para llegar media legua; que eran mas de las nueve, y que á las diez cerraban las puertas. ¡Cómo entrar! ¡Cómo escalar la inespugnable muralla!... Si hubieran acabado de llevarse los ladrillos... Si yo fuera contrabandista... Si tuviera algun dependiente amigo, podria darse algun medio... No desconfié, sin embargo, seguí mi jornada y llegué al fin. La puerta estaba abierta con otro objeto; me coé

y tras de tanto afán
me supo á gloria mi desierto lecho.

Quise consignar este baile en un artículo de costumbres y confiaba en que el origen, inventores, progresos, la parte anticuaria y curiosa la hallaria en algun archivo; pero los archivos de Murcia cerrados á piedra y lodo, solo son patrimonio de los tontos y de los ratones. El que piense consultar alguno, que renuncie á ello ó haga prevencion de paciencia, empeños y memoriales.

Francisco Ramos. (1)

IDEAS SUELTAS.

El mar nos separaba cuando unidas
nuestras almas estaban;
yo escribia en mis cartas «No me olvidés,
tú en las tuyas «¿Qué importa la distancia?»

(1) En la seguridad de proporcionar un buen rato á nuestros abonados, reproducimos este artículo leído en el Liceo el año 1839, consagrando así en nuestro periódico un cariñoso recuerdo á su difunto autor, que con tanto donaire y exactitud supo retratar en sus bien escritos artículos las pintorescas costumbres murcianas.

Unímonos después, ... mas ¡qué distantes
nuestras almas estaban!
tú no eras tú; mi amor solo era digno
de la mujer fingida por tus cartas.

A mi pesar, humedeció mis ojos
abrazadora lágrima;
pero no la enjugó tu blanca mano,
la secó tu burlona carejada.

Pielago de amargura inagotable,
hoy esa breve gota nos separa,
cuando ayer no bastaba á separarnos
del mar ilimitado la distancia.

Si yo encontrar pudiera la milagrosa vara,
túe de Moisés en manos, en árido desierto,
logró de estéril roca las aguas arrancar,
con ella, ingrata hermosa, tu corazón tocara,
tu corazón de mármol al sentimiento muerto,
y aun dudo que las lágrimas pudiesen de él brotar.

A la orilla del camino
salgo á esperarte y no vienes.
Aunque no vinieras nunca,
te esperara eternamente.

El odio es fuego y como el fuego abrasa;
trega cual del relámpago la luz;
los ojos que ódian cuando miran matan...
Oh! si me odiaras tú!

Pero cuando en las mias se detiene
de tus pupilas el reflejo azul,
tu indiferencia es peso que me oprime,
peso de helado, gigantesco alud.

Y me atrevo á esperar y desespero,
y dudo y á esperar tornaré aún.
En tu odio la muerte encontraria
y en la muerte quietud.

De otros me oirás decir: ¿Por qué me odian?
de tí siempre: ¿Por qué no me ódias tú?

Ricardo Gil.

NOVELAS DE C. PAUL DE KOCK.

LOS HIJOS DE MARIA.

(Continuacion.)

Maria comia el pan negro que amasaba con lágrimas, vendia sus efectos para subsistir, iba á ser madre y la Giberna no parecia ni habia vuelto á tener noticias suyas. Afortunadamente para Maria, halló por fin un vecino, menos virtuoso sin duda que los otros, que se compadeció de la situacion de la pobre jóven. Poseia una hacienda á diez leguas del pueblo y le propuso en ella colocacion con que pudiese criar á su hijo.

Maria aceptó, pero antes de partir dejó sus señas á las personas de la casa para el caso de que el soldado volviera á preguntar por ella; los huéspedes prometieron cumplir el encargo, y ella abandonó el lugar de su nacimiento, donde hasta el pan se le rehusaba.

Apenas hubo llegado á su destino, dió á luz dos niños: un varon y una hembra. Esto siempre hubiera sido una dicha para las gentes acomodadas; pero la Providencia distribuye algunas veces muy liberalmente sus beneficios.

Maria puso á su hija Anita y al niño Pedro. Los crió ella misma y desde entonces procuró ser mas útil en la hacienda para que así la permitiesen criar á sus dos gemelos.

Pasaba el tiempo. Ella esperaba todavia á la Giberna, y estrechando á sus hijos se decia:—Qué orgulloso va á estar de tener una hija tan bonita y un chico que se parece tanto á él!

Pero la Giberna no volvia y la esperanza comenzaba á extinguirse en el corazón de Maria; esta se consolaba, sin embargo, acariciando á sus hijos que eran el mayor objeto de su cariño. Los niños por su parte no eran ingratos; adoraban á su madre y aunque muy pequeños aun, le decian:

—Nosotros trabajaremos para que seas dichosa... Todo lo que ganemos será para tí... Ya verás... ya verás...

Anita era tan linda como su madre lo habia sido (porque ya los llantos y los sufrimientos habian desfigurado á la pobre Maria); Pedro tenia una figura hermosa y varonil, Anita aprendia con facilidad suma cuanto la enseñaban; Pedro escuchaba atento, abria sus grandes ojos, pero no comprendia una palabra; es decir que Anita era una muchacha muy inteligente y Pedro un animal; pero los dos tenian buen corazón, lo cual, sino es una ventaja, es una buena cualidad.

Maria sabia leer, escribir, coser, hacer la ropa; enseñó todo esto á su hija y vein con gusto que Anita, dotada de gran intelligen-

via y amante del trabajo, prometía ser una buena muchacha.

Pedro no tenía tanta afición al trabajo como su hermana; era además de cabeza dura y de comprensión difícil; en cambio era robusto y no había quien le aventajase en el trompo.

Los niños crecían, pero Anita á pesar de su inteligencia y de su buen deseo no siempre podía ser útil en la hacienda; su constitución delicada no le permitía entregarse por mucho tiempo á los rudos trabajos del campo; sus pequeñas manos no tenían la fuerza suficiente para conducir pesados fardos y sus piés se cansaban pronto; la pobre niña se desesperaba de no ser mas fuerte y alguna vez oía al labrador decir:— Esta chica no va á servirnos para nada.

En cuanto á Pedro, era robusto y podía ser útil, pero todos los días le sucedía alguna desgracia: si iba á guardar el ganado siempre perdía alguna res; si llevaba los caballos al río, á lo mejor se le ahogaba uno, si ordeñaba las vacas se le derramaba la leche antes de salir del establo; no podía dar un paso en el corral sin estropear alguna gallina; echaba, en fin, á perder cuanto caía en sus manos.

Los amos de la casa comenzaron á cansarse de los descuidos de Perico.

La persona que había empleado á Maria había muerto hacia ya algunos años y el nuevo dueño de la hacienda no se creía obligado á tenerle las mismas consideraciones.

Maria se desvelaba viendo el disgusto de los labradores. — Dios mio! decía abrazando á sus hijos, qué va ser de ellos si nos echan! A dónde van á ir?... Mi pobre Anita, tan delicada, tan poco fuerte. ningun labrador querría recibirla... y Perico... con esta desgracia!...

Los gemelos acababan de cumplir los quince años.

Un día Perico sacando chispas con unos pedernales había prendido fuego á un gran monton de yerba seca; quisieron echarlo y tambien á su hermana, y Maria estaba ya dispuesta á abandonar la casa con sus hijos, cuando un vecino vino á buscarla diciéndola: —Mañana marchó á Paris; en mi último viaje me preguntaron por una jóven seguro de colocar á vuestro hijo; confíadme los, pues. En Paris el servicio es mas dulce y no fatigará á la pobre Anita; en cuanto á Pedro, allí se afinará; y quien sabe? puede que en Paris hagan fortuna.

Aunque pesados de abandonar á su madre, los niños le suplicaron que los dejase partir. Las palabras «puede que hagan fortuna» habían resonado en su corazón; habían oído además hablar de Paris como de

una tierra de maravillas y estaban curiosos de conocerlo.

Fué preciso que Maria se decidiese á separarse de sus hijos. Sabía que Paris es un continuo peligro para la juventud, pero conocía el corazón de Anita y la honradez de Pedro; no les echó, pues, ningun sermón de moral y se contentó con decirles: —Sed buenos si quereis tenerme contenta... Dios quiera que pronto nos volvamos á ver!.. Y tú, mi querida Anita, ten siempre cuidado de no acercarte mucho la luz á tu cofia!...

A la mañana siguiente Maria lloraba y sus ojos en vano buscaban á sus hijos. Anita y Pedro estaban ya camino de Paris.

Anita entró al servicio de una modista llamada Mad. Patin. Su extremada juventud y su constitución delicada no habían agradado mucho á la modista, pero la jóven tenía un aire tan dulce y su figura prevenía de tal modo en su favor, que al cabo fué admitida.

Había entrado de criada, pero cómo dedicar á groseras ocupaciones á una niña que parecía haber nacido para ser servida mas bien que para servir á los demás? Y no se crea que Anita esquivaba ningun trabajo; por agradar á su ama, por conquistar sus simpatías, nada había á que no estuviese dispuesta. Su gentileza, su donaire y su dulzura la hicieron bien pronto necesaria en casa de Mad. Patin, y tanto que esta, en lugar de emplearla en la cocina la llevó á su lado, la enseñó á bordar, á hacer flecos, á adornar sombreros y mil pequeñas labores que agradaban mucho á la hija de Maria, que de este modo hacia rápidos progresos.

Pedro por su lado se colocó casa de un pastelero; el hijo de Maria demostró tener mas gusto por los pasteles y los bizcochos, procuró ser menos desgraciado que en el campo, y aunque no aprendía con la facilidad de su hermana, se aplicó y llegó por fin á hacerse hombre de algun provecho.

Maria recibía continuamente noticias de sus hijos; los progresos de Anita la consolaban algo en su soledad, pero no había tranquilidad ni dicha para la pobre madre desde la ausencia de los dos gemelos. Solía escribirles con alguna frecuencia y en esto encontraba el único placer.

Así se pasó un año; Anita se había hecho muy hábil y muy hermosa y Pedro había aprendido á hacer algunos pastelillos. Los jóvenes que pasaban por delante de la tienda de Mad. Patin reparaban en la linda muchacha que estaba en el obrador y con pretexto de comprar cualquier cosa entraban solo á echarle flores y piropos. Pero Anita hacía poco caso de estas tonterías, bajaba los ojos cuando le pedían precio ó

le hablaban de cosas relativas al despacho y rara vez se asomaba á la calle á ser blanco de las miradas de los transeuntes.

Pedro fué puesto un dia a prueba por su amo; él pastelero le dió á cocer una torta y él la sacó del horno hecha un carbon. Irritado entonces el maestro quiso echar de su casa á su torpe discípulo; Pedro acudió llorando á su hermana y esta fué á interceder por él; gracias á Anita, Pedro siguió haciendo pasteles.

Anita era la providencia de su familia.

(Se continuará)

EN EL ALBUM DE AURORA.

Tú, virgen ideal, cuyos sonrojos
envidia son de la purpúrea rosa;
tú, la de luz purísima en los ojos;
tú que eres tan hermosa;
lee con dulce calma
esta hoja triste que te escribe el alma.

Te ví jugando en la apacible sombra
que del Retiro en el pensil proyecta
rica vegetacion, pintada alfombra;
te ví bella, perfecta,
tierna, inocente, pura,
de juventud radiante y de hermosura.

Te ví aspirando al sonreír, la brisa
que el trémulo coral tuyo besaba;
y la fiel expresion de tu sonrisa
estático envidiaba
yo, que tengo ya secos
mis labios de exhalar sentidos ecos.

¡Ay! Si supieras la terrible huella
que en el alma dejó mi fiera suerte,
harto fatal para pensar en ella,
por qué, preciosa, al verte
sentí melancolia
tu instinto angelical comprendería!

Mas nó; que de la vida los engaños
no puedes aun saber, Aurora hermosa;
ensueños de oro son tus pocos años
y pura, candorosa
deslizas la existencia
sin mas aspiracion que tu inocencia.

Aun no turban las penas tu sosiego
aun tu dulce mirar no se ha empañado
al contacto de lágrimas de fuego

ní una nube ha eclipsado
con tétricos crespones
el cielo de tus santas ilusiones.

Tú vives sin dolor; vives soñando;
son tus horas tranquilas, placenteras;
y, siempre en tu conciencia aprisionando
bellísimas quimeras,
no tienes mas amores
que tus padres, tus juegos y tus flores.

Cantan unos al rayo de tus ojos;
preconizan los otros tu pureza;
adoran tu virtud éstos de hinojos,
aquellos tu belleza,
y todos en su canto
una virtud ensalzan ó un encanto.

¡Ay! Tan solo al pulsar mi blanda lica
te puedo yo cantar el sentimiento
que tu imágen dulcísima me inspira;
que al pobre pensamiento
consume poco á poco;
que de tanto sufrir me vuelvo loco!

¡Loco, sí! Que soñar con tu hermosura
y no poder decir ¡«tu amor es mio»!
es el tormento cruel de la locura
es triste desvarío;
mas ¿qué te importa, Aurora,
si sufre el corazón ó el alma llora?

Sigue, sigue esa senda deleitosa,
tú, virgen ideal, cuyos sonrojos
envidia son de la purpúrea rosa;
y si tus bellos ojos
llorasen algun dia,
picasa en el que por ti tambien sufría!

Madrid, junio, 1873.

E. S. Herraiz Farinas.

EL RECUERDO.

La esperanza y el recuerdo tienen en la vida el mismo encanto y el mismo prestigio: — La pérdida.

Interrogada una princesa alemana, segun nos refiere un elegante escritor francés, sobre si preferia á la esperanza ó al recuerdo, respondió: Al recuerdo, cuando me trae la esperanza.

Si me hicieran á mí semejante pregunta, yo responderia: Prefiero el recuerdo aunque sea sin esperanza.

Es tan dulce adormecerse á la poética sombra del árbol de los recuerdos! Se reviste de tan bellos colores el pasado á través del mágico prisma del recuerdo! Solo las almas vulgares desean olvidar; renunciar como ellas al recuerdo, sería borrar el sentimiento del corazón.

Hay en el pasado, es verdad, flores que con sus espinas han causado profundas heridas en el corazón: pero en las alas del recuerdo se exhala de ellas tan célico perfume que cicatriza para siempre y cura los dolores.

Recordar es soñar; y soñar ¡ay! es la vida del poeta.

Luisa Velaviña.

CANTARES.

Un rosal, niña, tienes
en tu ventana
y su flor mas preciosa
nace en tu cara.

Es un libro de caja
nuestra existencia:
el cargo, desengaños,
la data, penas.

Las horas mas felices
son las mas breves;
la juventud por eso
pronto se pierde.

Adolfo R. Gamez.

MODAS.

Dijo ha tiempo un crítico respetable que no es el vestido el que dá valor á la mujer, sino ella quien dá valor al vestido, y á fé mia que si hubiese conocido las modas actuales hubiera tenido más motivos en qué fundar su afirmación. Hace ya una larga temporada que la moda tiene cierto carácter de exageración en hechuras y colores, que si la mujer, con su buen tacto no la modifica, no elije de ella lo aceptable suprimiendo lo grotesco, se expone á la crítica de las personas de buen gusto y desgracia en vez de hermostrarlos, su rostro y su figura. Y sin embargo, por lo mismo que la moda es un tanto atrevida, nunca ha sido mas fácil vestir bien sin grandes desembolsos. Las telas son económicas, las hechuras que permiten combinar dos telas ó dos tonos, son otro recurso no despreciable, y para verano las manteletas de encaje negro, hacen de un vestido sencillo, un atavío aristocrático. En los conciertos del Reti-

ro, punto de reunión de la buena sociedad de Madrid, se admiran ya muchas manteletas sobre trajes blancos, rosa pálido, azul turquesa, y verde agua: en estos trajes alternan los de cola con los redondos, siendo la primera admisible únicamente en las damas que van hasta allí en sus carruajes, porque el traje de cola en las calles y paseos públicos, es un detalle de mal gusto. Inútil me parece advertiros que para estas fiestas musicales, los trajes son ligeros, vaporosos, y la granadina, el organdí, la gasa chamberi, la tafetalina y la sederia poco fuerte, son las que se encargan de los mas distinguidos trajes; los de sola una falda con distinta combinación por detrás que por delante, dominan este verano y todo hace creer que esta hechura severa adquirirá mayor desarrollo con los trajes mas pesados del invierno: hoy todavia la túnica ocupa su ventajoso lugar en los trajes vaporosos, y lucha cuanto puede por no dejarse arrebatada su dulce imperio, pero el tiempo, que hace que le disfruta, es su segura señal de muerte. En modas no hay larga vida y la túnica es ya una anciana venerable.

Para viaje á campo, las cretonas y batis-tas crudas representan el primer papel, adornadas con guarniciones bordadas y puntillas de guipure, realizando estos trajes modestos, cinturones de colores fuertes, ó de terciopelo negro: con las túnicas de organdí adornadas de entredoses y puntillas de valenciennes, se usan mucho estos cinturones de terciopelo, pero este traje ya de cierta pretension no es admisible mas que para el casino y el salón en época de baños. Fuera de esos momentos, muchos vestidos de percal de dos colores ó de dos dibujos, muchos de lanas sultanas y brasileñas, telas todas de muy poco valor, adornadas con bordados, puntillas ó plegados de muselina blanca. Ya veis que nunca ha sido mas fácil vestir bien con poco dinero!

Los sombreros de campo, este año siquiera son una verdad, y entre las infinitas formas que permite la moda, la forma *Lamballe* y *Gabriela*, sombrero que recuerda la primitiva forma pamelita, es el mas á propósito. Preguntad á Elisa Granet y os dirá que esta forma es la que mas repite para las damas distinguidas. Hay otra forma *Lisseta* y *Ondina*, sombrero pamelita, pero de ala mas recogida y encañonada, que me atreveria á decir es la hechura que mas favorece al rostro: ambos se hacen en paja de Italia y de arroz, de crin y de piqué, preparando de un modo que le dé toda la apariencia de la paja de arroz. Elisa, en punto á novedades, no reconoce rival. La moda en los sombreros de campo y de viaje aconseja pluma, pero un poco de humedad ó de niebla basta á desrizarla, haciendo perder

al sombrero toda su gracia: por eso yo os aconsejaria que dejárais la pluma para el sombrero de vestir y adornárais el de viaje y playa con lazos y flores. En sombreros de vestir los hay de mil variadas formas, pero el que se admira mas en los conciertos del Buen Retiro, es el sombrero *Regencia*, no muy elevado, de ala vuelta por delante y caída por detrás, hecho en paja, tul, ó crespon. Con ellos alternan los velos mantilla de cambray negro, y sobre todo blancos, que este año han resucitado todas las jóvenes, para el carruaje y para los conciertos.

Como abrigo de viaje no puedo dejar de hablaros del Redingot, modelo que ya os ha ofrecido nuestro periódico y es de utilidad reconocida: es un abrigo de alpaca gris, de la forma del impermeable y tan largo como el traje, que se abotona en todo su largo por delante y reserva el vestido del polvo del camino, quitando al atavio femenino esas pretensiones impropias en un viaje. Una señora con uno de estos abrigos grises, con su doble cuello, sus grandes bolsillos y como complemento su sombrero gris ó negro, va adornada con toda la severidad y sencillez de la verdadera dama inglesa.

La lencería fina tiene su verdadera aplicación en verano: las golas Médicis y Gabriela se usan siempre para los trajes abiertos en tul, en muselina y valenciennes: este encaje vuelve á recobrar su perdido imperio, y con él se adornan las camisas de vestir, los cuerpos blancos escotados que van debajo del vestido, los peinadores de mañana y esos deliciosos paletots ó salidas de cama, que son privilegio de la mujer distinguida.

La joyería, el verano es la época del capricho. Los diamantes y la rica joyería, son solo propios de invierno y parece que la señora que se empeña en lucirlos en los jardines ó en las reuniones de baños, es porque carece de otras ocasiones mejores: como no puede admitir que os halteis en ese caso, os aconsejo los aderezos artísticos, de capricho, imitando insectos, flores, ó arabescos, en los cuales el mérito del artífice, constituye el principal valor.

Joaquina Balmaseda.

(De «El Correo de la Moda.»)

Para bien de todos debe recordarse siempre la siguiente quintilla que leemos en un colega.

No al propio hermano destruyas;
tu mano el puñal no vibre,
ni contra el tirano arguyas.
Pueblo, mientras no te instruyas,
nunca serás pueblo libre.

PASATIEMPOS.

Charada.

Dos y prima devoraba
un trozo de prima y dos,
mas al saber que era viernes
el todo al punto dejó.



Fuga de consonantes.

A . . . a . . . e . . . i . . . o . . . u . . . e . . . o
... o . . . u . . . i . . . e . . . o . . . a . . . u . . . o . . . e . . .
... i . . . a . . . e . . . a . . . o . . . o . . . e . . . e . . . ?
y . . . e . . . o . . . a . . . e . . . a . . . a . . . e . . .



Semblanza histórica.

Hijo del rey de las leyes,
de un rey caballero hermano
fui por mi delirio insano
eterno oprobio de reyes
y vergüenza del humano.



Enigmas.

1.º

Mis brazos y un elemento
me preocupan mi vida,
pues gastandome el sustento
no me dejan un momento
hasta quitarme la vida.

2.º

En horca para mi suerte,
nazco debajo del suelo,
mi fábrica imita al cielo;
lágrimas causo al mas fuerte
aun sin tener desconsuelo.



Acertijo.

A viajar me subo al cielo
desde el profundo del mar
y en cuanto empiezo á viajar
tanto corre como vuelo.
Sin duelo ni pena alguna
llorando he de sucumbir
y en cuanto llego á morir
mi tumba encuentro en mi cuna.



Soluciones á los pasatiempos del núm. 21.

A la charada. — *Fortuna*.



AVISO.

En los sorteos de lotería de los dias 3 y 14 del actual, en que fueron agraciados con los premios mayores los billetes números 5,359 y 7,129, correspondieron los regalos que damos en cada sorteo á los suscritores núm 59 y 29, D. Primitivo José de Soria y D.º Agripino Rogent de Godovilla.